

Felipe Abad León



**SANTA ORIA
DE VILLAVELAYO**

**O LA EXPERIENCIA MÍSTICA
DE UNA VIRGEN EMPAREDADA**

FELIPE ABAD LEÓN

**SANTA ORIA
DE VILLAVELAYO**

© ILA IEmmiENOA MfeimCA
UME WA W« EWaweidaida



SANTA ORIA DE VILLAVELAYO O LA EXPERIENCIA MÍSTICA DE UNA VIRGEN EMPAREDADA

UNA SANTA EMPAREDADA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Me piden una colaboración sobre Santa Oria o Santa Aurea, que de las dos formas es conocida, para la Colección “Espiritualidad Monástica” que tan acertadamente promueve el Monasterio de Las Huelgas, en Burgos, y más en concreto para un libro que se piensa publicar sobre las Madres del Desierto, o las Religiosas que han vivido y se han santificado en el retiro de la oración y de la entrega plena a Dios y al prójimo, siguiendo los consejos evangélicos, y que pese al cambio de los siglos y de las circunstancias, todavía tienen mucho que decir y que enseñar a los hombres y a las mujeres de nuestra generación. Acepto con mucho gusto la invitación y pido a Santa Oria que me ayude en mi propósito.

En Villavelayo, con el recuerdo de Santa Oria

Me detuve en Villavelayo en una tarde risueña, concretamente el sábado 20 de marzo de 1993. Villavelayo es un pueblo tranquilo y acogedor de la Comunidad autónoma de La Rioja, distrito de Nájera, a orillas del río Najerilla en su confluencia con el Neila. No llega en la actualidad a los cien habitantes. El Ayuntamiento de Villavelayo se encuentra a una altitud de 964 metros sobre el nivel del mar, en las cercanías de la Sierra de la Demanda al norte con su pico de San Lorenzo (2.262 metros), y el de Urbión al sur con su pico de Tres Provincias (2.043 metros). Tiene una extensión de 40 kilómetros cuadrados en el límite de las provincias de La Rioja, Soria y Burgos, a cuya archidiócesis perteneció hasta el año 1956. Villavelayo es sede de la mancomunidad compartida con Canales y Mansilla. El pantano de Mansilla regula el agua del curso alto del Najerilla y permite el riego de buena parte de la Rioja Alta, además de surtir a la zona de buenas centrales hidroeléctricas. La economía del municipio se basa principalmente en la ganadería y explotación forestal. Las superficies forestales superan las 1.310 hectáreas de terreno. Las escasas superficies cultivables se orientan a la producción de alimentos para el autoabastecimiento de la corta población del municipio.

Recorriendo sus calles llama la atención un palacio con escudo, y los restos de una iglesia primitiva dedicada a Santa Centola, de construcción románica aunque con elementos de una época anterior, como lo demuestran los arcos de herradura existentes. Fue descubierta por Ortega Friás.

En mi visita, lo primero que hice fue acercarme a la ermita de Santa Oria en un pequeño repecho sobre la actual carretera. Ocupa el mismo lugar donde estuvo la propia casa natal de la Santa. Esta circunstancia confiere al templo un especial arraigo y una memoria histórica singular. Bien es cierto que a lo largo de los siglos la ermita ha sido muy modificada y rehecha, quedando pocos elementos románicos originarios, pero eso no le quita entusiasmo y emoción al peregrino que

alii acude con espíritu de devoción a la Santa de la Sierra, la serrana, la serraniella, como se complace en llamarla don Gonzalo de Berceo.

Esta ermita es el mejor lugar para invocar a la Santa y evocar la memoria de sus buenos padres, don Munio García y doña Armunia, honrados vecinos de Villavelayo en la primera mitad del siglo XI, recién estrenado el segundo milenio.

Desde esta ermita-casa natal se divisa enfrente, sobre un pequeño altozano, a pocos metros de distancia, la parroquia románica de Santa Marfa a donde llevaron a bautizar a aquella niña dorada, rubia, de oro, que bien se ganó el nombre de Oria o de Aurea.

Entré con emoción en la ermita y me postre a los pies de la Santa. Como ya me había advertido el párroco, encontré dentro a un señor, entusiasta hijo del pueblo, que estaba renovando la instalación eléctrica de la ermita. Le acompañaban dos chicos. Con todo entusiasmo y hasta con énfasis me contaron la vida de su Santa paisana y me obsequiaron con una bella estampa de cierta antigüedad, quizá de principios de siglo, que conservo y conservaré como recuerdo entre las páginas del poema que a la Santa le dedico don Gonzalo de Berceo.

Pregunté si existía alguna publicación especial sobre Santa Oria y me hablaron de un folleto con su novena. Los dos chicos salieron al pueblo en busca de uno de estos folletos. Poco después me uní a ellos y una señora me regaló gentilmente el librito de la novena que tenía en casa, ya desde los tiempos de su madre, según me dijo. Y me pedía excusas porque estaba algo deteriorado y manchado, por el uso y la solera de varias generaciones.

Efectivamente el folleto es del año 1905 y está editado en Burgos, tipografía de El Monte Carmelo. Tiene 64 páginas. El título y datos que aparecen en portada son los siguientes: “Vida y novena de Santa Aurea Virgen, natural de Villavelayo, religiosa en el Asceterio de San Millán de la Cogulla, arregladas y dadas a la luz por encargo y cuenta de D³ Maria González Peña, natural de dicha villa y devota de la Santa”.

Por el texto se comprende que existió alguna otra edición anterior. Me infonnaron asimismo que existe alguna otra edicidn reciente y actual que todavía se distribuye entre sus devotos paisanos. Su memoria sigue viva en su pueblo.

El folleto tiene tres partes. Primera, “Breve reseña de la prodigiosa vida y admirables virtudes de Santa Aurea Virgen”. Segunda, el ejercicio de la novena, con oraciones y consideraciones para cada uno de los dfas. Y tercera, los gozos de la Santa, que estan en sencillos versos y narran su vida y virtudes. He aquf, como muestra, dos de sus estrofas:

Bella se llama esta villa
y serlo debió por cierto
por ser el frondoso huerto
do naciera esta semilla.

Unfase a esta belleza
una flor con que vestía
su infantil naturaleza
cuando en Velayo vivfa.

Recorrí las calles del pueblo y de todos sus bellos cantones me parecia rezumar el recuerdo vivo de la Santa. Hablé con varios vecinos y todos me transmitieron el orgullo que senfian por su Santa paisana, pese a los siglos transcurridos. Es emocionante constatar que en su pueblo sigue vivo el aroma y el espíritu de Santa Aurea de Villavelayo.

De Villavelayo a San Millan de Suso

Bajé reconfortado de Villavelayo y me fui al monasterio de San Millán de Suso, el primitivo, de estilo prerrománico y visigótico, fundado por el Santo anacoreta riojano en el siglo VI en unas grutas prdximas a su pueblo natal y a su parroquia de Santa Eulalia que 61 habfa regentado poco antes por disposition de su obispo Didimo.

De Villavelayo al monasterio de San Milldn de Suso hice el mismo camino que recorrio a mediados del siglo XI la joven Santa

Oria, acompañada de sus padres. Por las carreteras actuales puede haber unos cincuenta kilómetros. Por los caminos y sendas de entonces unas seis leguas. Entonces y ahora, el itinerario es duro y agreste, con grandes desniveles, Najerilla abajo, con horizontes bravos y bellísimos, Uenos de abundantes aguas y bosques espesos.

Los tres peregrinos, padres e hija, bajaron por las Viniegras y Anguiano, dejando a la izquierda el monasterio de Valvanera. Torcieron por Villaverde (entonces Colia) y Estollo (entonces Madriz), siguiendo el camino de peregrinos que hoy, todavía, se llama la Cuesta Baja-romeros. Era seguramente, por el mes de mayo del año 1053. Al caer la tarde, tras un día de tan dura brega se prostaban ante el magnífico sepulcro en que reposaban los restos sagrados de San Millán desde los días de Sancho el Mayor, que fue rey glorioso de estas tierras desde el año 1004 hasta el año 1035, que tanto ensanchó su imperio por todo el norte de la Península, desde el Mediterráneo hasta el Atlántico, tras la derrota de Almanzor, y que tanto favoreció al monasterio de San Millán.

Conviene fijar bien la cronología para no confundir a los personajes y los hechos. Santa Oria nació en Villavelayo hacia el año 1043 y murió en San Millán de Suso hacia el año 1070, de unos veintisiete años de edad. De unos diez años, es decir, hacia 1053 bajó con sus padres al monasterio emilianense y allí se quedó para siempre. Santo Domingo de Silos ya no era prior de San Millán, sino abad de Silos desde hacía unos diez años. Por lo tanto hay que corregir a los autores que dicen que fue el prior Domingo quien recibió a Oria como novicia en San Millán. A la que recibió como novicia fue a otra Oria burgalesa, distinta a la riojana, en el monasterio de Silos donde también fue emparedada, pero nada tienen que ver la una con la otra. De ambas habla Gonzalo de Berceo, de la silense en la vida de Santo Domingo, y de la emilianense en el poema de Santa Oria, sin que sea correcto mezclar ni confundir los hechos de una y de otra como hacen algunos autores brillantes, pero en este punto equivocados. - .

Cuando Oria de Villavelayo y sus padres llegaban al monasterio de San Millán en la primavera del año 1053, un gran acontecimiento movilizaba a los pueblos riojanos: la traslación de las reliquias de San Millán, el gran anacoreta de los Distercios, desde el monasterio de arriba (Suso) al monasterio de abajo (Yuso). Especial esplendor iba a dar a la fiesta la presencia del rey don García de Najera, hijo de don Sancho el Mayor, y de los obispos de Pamplona. Álava y Calahorra.

Después de las fiestas, los tres peregrinos de Villavelayo, padres e hija, ya no regresaron a su pueblo. Habían visto la montaña santa de San Millán poblada de monjes, de ermitaños y de emparedadas. Hombres y mujeres que querían seguir viviendo del espíritu del gran muerto, cuyo cuerpo reposaba allí.

Y García, Amuña y su hija Oria pidieron también una celda o una cueva para vivir y para morir. Según la fórmula de la época, se entregaban en cuerpo y alma al monasterio del señor San Millán.

Oria, la niña fuerte y audaz, pidió ser emparedada. Tuvo dos compañeras de vocación y noviciado, Justa y Voxmea. Su preferida fue siempre Voxmea “una dueña hermosa, de edad mancebilla”. Las tres, Oria, Justa y Voxmea recibieron las enseñanzas de una maestra Hamada Urraca.

Después del noviciado, Oria fue emparedada en una celda pegada a los sepulcros abiertos en las rocas. Bien poca diferencia había entre aquellas tumbas y aquella celda: una concavidad estrecha junto al risco rezumante; un espacio reducidísimo entre cuatro paredes, donde apenas podía moverse la reclusa; el aire y la luz escatimados por un ventanuco abierto hacia la iglesia para que la emparedada pudiera unir su voz a las voces litúrgicas de los monjes y recibir el pan de trigo de la Eucaristía para el alma y la ración escasa de pan de centeno para el cuerpo. Y allí y así pasó el resto de su vida, unos tres lustros, unos quince años, sepultada en vida, una vida aislada de los de afuera y toda tensión mística hacia adentro y hacia arriba, hacia Dios.

Paseo místico por las regiones del Cielo

Dios premio la dura ascesis de Oria con la dulce visión mística del Cielo. En efecto, un 27 de diciembre del último año de su vida, fiesta de Santa Eugenia en el calendario mozárabe, tres santas vírgenes y mártires, a saber, Santa Agueda de Catania, Santa Eulalia de Mérida y Santa Cecilia, bajan a la celda de Oria, la cual acaba de participar con gran devoción en el rezo conventual de maitines.

Las tres Santas llevan en sus manos sendas palomas blancas, “más blancas que las nieves que no son cocedadas”. A Oria le ofrecen otra paloma, igualmente blanca, para que la gufe y le conduzca segura en el camino y la ascensión hasta el Cielo. La paloma bien puede simbolizar el alma blanca de Oria, o quizá mejor, la ayuda y el impulso del Espíritu Santo.

Como en la escala de Jacob, el Cielo se presenta muy alto, al que se sube por una columna a través de gradas y escalones, semejantes a los que se ven en los andamios o aparejos de una torre en construcción.

La paloma de Oria levantó el vuelo y fue a posarse en la cima de la columna donde había un árbol florido en medio de un prado delicioso. Empezaron a subir las tres santas vírgenes, sus compañeras, no sin esfuerzo, aunque ligeras más que el viento. Oria las siguió, fija su mirada en la paloma mensajera. Ya en la cima, cada una de las cuatro doncellas, tomaron en sus manos su propia paloma, y vieron abiertas las puertas del Cielo.

Entraron las cuatro en el Cielo, y la corte que allí moraba se alegró de ver entre las tres vírgenes conocidas, a la cuarta compañera, Oria de Villavelayo “esa serraniella no menos preciada”. Oria quedó deslumbrada de la belleza de los habitantes del Cielo “que parecen mejor que las flores de mayo”.

El Cielo místico que vio Santa Oria viene marcado por siete comarcas, regiones o apartamentos, habitados por conventos o compañías. Ante sus ojos deslumbrados van pasando otras tantas procesiones de bienaventurados, jamás sonados por aquella “reclusa leal”.

Vienen primero los santos confesores o “calonges”, entre los que admira a cuatro paisanos suyos de Villavelayo. Siguen después los obispos, “todos vestidos con casullas de preciosos colores, con báculos en su mano izquierda y cálices de oro en la derecha”. Preguntó “la serrana” por esta lujosa procesión y por sus símbolos, a lo que sus compañeras le respondieron: “Obispos fueron estos, siervos de la Gloriosa”, porque daban al pueblo buen ejemplo, buena doctrina y los sacramentos (cálices de oro), y con sus báculos defendieron a sus fieles del “mortal enemigo”. En esta comitiva de obispos, Santa Oria reconoció a dos conocidos suyos, y echó en falta a un tercero, igualmente conocido por ella hacía unos años en el monasterio de San Millán. De ellos hablaremos más adelante.

En la tercera comarca del Cielo, Santa Oria vio desfilar ante sí el coro de las Vírgenes, las cuales se acercaron a abrazarla como buena compañera, entonando una melodía nunca oída en octava real. Animada por tal recibimiento, Santa Oria preguntó por su maestra de noviciado, la virgen Urraca “pues yo -dijo- por la su doctrina entré entre paredes”. Las otras vírgenes, sus Compañeras, llamaron por su nombre a Urraca, que estaba detrás de la fila, al final de la procesión. Urraca respondió a la Hamada, Oria la oyó y reconoció su voz, pero no pudo verla, pues la larga fila se lo estorbaba. Quizá se esté insinuando con ello una cierta graduación de méritos y su correspondiente posición en la escala del Cielo.

En la cuarta comarca, Santa Oria contempla la silla que Dios le tiene preparada en el Cielo entre el coro de las emparedadas y de las que todo lo han dejado de forma radical por servirle mejor. Volveremos luego con más detalle sobre el tema por ser primordial en nuestra historia.

En la quinta comarca vio Santa Oria en el Cielo “un precioso combiento” de monjes y santos ermitaños, entre los que distinguió a dos monjes de Valvanera, de los que hablaremos después, así como a Galindo. Especial emoción le tuvo que producir ver en esta compa-

ñia a su propio padre “que llamaban García, aquel que non quiso seguir nulla follfa”, ningun pecado.

En la sexta comarca del Cielo, alzó Santa Oria los ojos hacia el norte y contempló gran reunión de personas, de hermoso aspecto. Vestían todos de rojo bermejón. Preguntó a las tres santas vírgenes que eran sus gufas, y le respondieron: “Todos estos son mártires que dieron su vida por Cristo y por eso lucen ricas coronas”. Sus gufas le señalaron concretamente a San Esteban, “que fue apedreado”; a San Lorenzo “el que Cdsar hubo después asado”; y a San Vicente “el caboso (o cabal), de Valerio criado (o discípulo)”.

La séptima región o comarca del Cielo era más elevada. Allí vio Santa Oria a los Apóstoles, en “más alto lugar, cada uno en su trono en que debía juzgar”. También contempló allí a los evangelistas, envueltos en tanta claridad que ningún hombre “la podría contar”. Sobre ellos dice la sabrosa estrofa de Gonzalo de Berceo:

Estos son nuestros padres, cabdiellos generales,
principes de los pueblos, son hombres principales,
Jesu Christo fue papa, éstos los cardenales.
Que sacaron del mundo las serpientes mortales.

Visión escatológica

Es interesante volver y completar algunos datos ya indicados para apuntar, timidamente, un tema escatológico o de ultratumba en el Poema de Santa Oria de Gonzalo de Berceo. Un tema que nos proporciona nombres concretos, bien próximos y familiares a la propia Santa de Villavelayo, por lo que constituyen, a la vez, un testimonio histórico importante de la sociedad riojana de su tiempo, mediados del siglo XI. La comprobación documental de estos hechos y de estos personajes según la más exigente crítica moderna, constituyen un aval definitivo de las fuentes, rigurosamente históricas, de la vida de Santa Oria.

El Poema de Santa Oria es el último que escribió Gonzalo de Berceo, ya en su vejez cansada, como confiesa él mismo, y por tanto después del año 1252, sobrepasada la segunda mitad del siglo XIII. Pero el testimonio histórico se remonta a dos siglos antes, pues Gonzalo de Berceo sigue fielmente, como asegura repetidas veces, el “dictado latino” que escribió el propio director espiritual de Santa Oria, el monje don Muño, dictado o libro original que, por desgracia, no ha llegado hasta nosotros. Se conserva afortunadamente, en su parte substancial, a través del jugoso Poema de Gonzalo de Berceo.

Me atrevo a calificar a estos pasajes berceanos como la pequeña “Divina Comedia” riojana, anterior a Dante, por el tiempo, sin querer entrar, por supuesto, en calificaciones de otro tipo.

Santa Oria, como venimos diciendo, es elevada al Cielo místicamente en compañía de Santa Águeda, de Santa Cecilia y de Santa Eulalia de Mérida, que por cierto es la titular de la parroquia del pueblo de Berceo. Por sus ojos asombrados van pasando diversas procesiones de bienaventurados. Entre ellos, Santa Oria distingue a cuatro paisanos suyos, bien conocidos por ella, a saber: Bartolomeo “ducho de escribir passiones (vidas de mártires), don Gómez de Massiella (Mansilla de la Sierra, pueblo próximo a Villavelayo) “que daba bien raciones” o practicaba la caridad con los pobres, don Xemenso tercero, “un vecino leal, del barrio de Velayo” (el propio pueblo de la Santa), y Galindo, su criado (natural igualmente de Villavelayo) “que supo bien mucho e sabie poco mal”.

Santa Oria había tenido oportunidad de conocer en persona a tres obispos, que con el rey don García de Najera habían acudido al monasterio de Suso el 29 de mayo del año 1053 con ocasión del traslado de los restos de San Millán. Pocos años después, estos tres obispos eran difuntos, y Santa Oria puede contemplarlos en la visión del Paraíso. Mejor dicho, no a los tres, sino a dos: al obispo don Sancho, un “precioso varón”; y con él a don Garcia, “su leal compañía, que sirvió a don Christo de firme corazón”.

El primero, don Sancho, fue obispo de Nájera y abad de San Millán, de 1026 a 1046; también gobernó algún tiempo la diócesis de Pamplona. El segundo, don García, fue primero abad de San Millán y en 1037 se le nombró obispo de Álava, cargo que ocupó hasta su muerte, en 1056.

¿Y el tercer obispo conocido por Santa Oria en el año 1053? Ese era don Gómez, abad de San Millán de 1037 a 1046, y obispo de Calahorra de 1046 a 1067, año en que murió. Santa Oria no lo vio en el desfile de obispos en el Cielo y, piadosa, preguntó por él, encontrando esta respuesta: “El obispo don Gómez no es aquí, hermana, tal fue como el árbol que florece e non grana”. Este obispo fue quien, siendo abad de San Millán, destituyó a Santo Domingo de Cañas (llamado posteriormente de Silos) de su priorato y le hizo salir del monasterio riojano para complacer al ambicioso rey don García de Nájera, el cual recompensaba al abad con un obispado, mientras que al prior Domingo, por ser justo y decir la verdad, lo mandaba al destierro. En la vida de Santo Domingo de Silos, el propio Gonzalo de Berceo califica a don Gómez como “de envidia tocado”.

En orden más doméstico, Santa Oria había tenido como maestra de noviciado a doña Urraca, y como compañeras a Justa y a Voxmea. Las tres eran difuntas cuando Santa Oria tuvo la gracia mística de ser elevada en éxtasis al Cielo y contemplar la procesión de los bienaventurados. Se comprende que Santa Oria preguntara expresamente por su maestra y sus compañeras difuntas, encontrando esta respuesta: “Essa que tú demandas, Urraca la seror, compañera es nuestra, con Justa su discipula, sierva del Criador”.

En cuanto a Voxmea, aparece varias veces: “Una dueña fermosa, de edad mancebiella, Voxmea avió nombre, guardaba esta siella”, la silla reservada en el Cielo para la propia Santa Oria.

De su maestra Urraca ya nos hemos ocupado anteriormente. Oria oyó y reconoció su voz, pero no la pudo ver por estar al final de la fila, que era muy larga. Santa Oria se siente muy agradecida a su

maestra: “Yo por la su doctrina -dice- entré entre paredes”, fui emparedada. Nótese el pretendido juego de palabras, entré con acento, del verbo entrar, y la preposición entre, sin acento, indicando el lugar.

No sólo el círculo del monasterio emilianense, también el de Valvanera aparece en este paraiso, permftaseme llamarlo riojano, de la visión mística de Santa Oria. En el coro de los santos monjes y ermitaños, Santa Oria “conosció entre todos un monje ordenado, don Monio le dijeron, como dice el dictado, a otro su discípulo, Muño era llamado, que fue de Valvanera buen abad consagrado”.

Conocemos históricamente a estos dos monjes de Valvanera. Don Monio fue prior de San Martín de Cañas, filial de Valvanera, priorato o monasterio fundado como eremitorio, carácter que aún conserva en el siglo XI. El otro monje, Muño, fue abad de Valvanera un largo periodo, por los años de 1035 hasta 1060 aproximadamente. Los códices y documentos conservados lo califican como el “santísimo Padre” y “administrador óptimo”.

La silla misteriosa

En la cuarta región o comarca del Cielo, Santa Oria, subida allí en éxtasis místico, vio y contempló una muy rica silla “de oro bien labrada, de piedras muy preciosas toda engastonada”. Sobre la silla, una acitara, dosel o tapiz que “non podrié en este mundo cosa ser tan clara”; tan rica la silla “que non podrié comprarla toda alfoz de Lara”, y tan codiciada que “darié por tai un regno el rey de Castiella, e serié tai mercado por fabliella”, es decir, que todos hablarían y se harían lenguas de un negocio tan redondo, como el tesoro escondido o la perla preciosa del Evangelio.

Silla tan preciosa estaba vacía y bien sellada. La guardaba celosamente Voxmea, que lucía una vestidura “más preciosa que oro, más que la seda pura, era sobresefiada de buena escritura, non cubrió hombre vivo tan rica cobertura”. Esta túnica o cobertura estaba escrita o bordada con los nombres de los santos de gran vida, principalmente de los reclusos o emparedados “que domaron sus cameas a la mayor medida”.

Santa Oria, antigua conuocia de Voxmea, deslumbrada, no se podía apartar de la visión de esta parte del Cielo, y no se resistió a preguntar a su compañera por el significado de la silla vacía y de su destinatario. Voxmea le respondió:

“Amiga, bien has fecho e bien has demandado,
todo esto que ves a ti es otorgado,
pues es de tu servicio el Criador pagado.

Todo este adobo a ti es comendado,
el solar y la silla, Dios sea por ello laudado.”

Santa Oria arde en deseos de entrar en posesión de tanta felicidad y le dice con ansia a Voxmea:

“Si como tu dices, -dijole Santa Oria-
a mí es prometida esta tamana gloria,
ahora en este talámo querna ser novia,
non querna del oro tomar a la escoria.”

Voxmea le indica que no puede ser por ahora, sino que antes debe tomar a su cuerpo y yacer emparedada hasta que acabe el curso de su vida terrena. Oria se vuelve entonces a sus guías celestes, Santa Águeda, Santa Cecilia y Santa Eulalia, buscando como tantas veces su intercesión, y les pide con insistencia “que rogáesen por ella al Rey de Majestad, que se lo concediese por la su piedad, de quedar con Voxmea en esa heredad”.

Las tres vírgenes rogaron a Dios por ella “cuanto mejor supieron, mas lo que pedía ella ganar non lo pudieron; fablóles Dios del Cielo, la voz bien la oyeron, la su Majestad grande, pero non la vieron”. La voz de Dios dijo:

“Piense Oria de ir a su lugar
non vino aún tiempo de aquí habitar;
aún tiene un poco el cuerpo que luchar,
después vendrá él tiempo de la silla cobrar”.

Mientras Oria meditaba esta respuesta de la Majestad de Dios, oyó hablar a Cristo Señor, y aunque tampoco lo veía, pudo entablar

con Él un pequeño diálogo. Oria insiste en su vehemente deseo de quedar y permanecer ya para siempre en el Cielo, porque piensa humildemente y terne que si desciende al mundo le será imposible volver a subir. “Los Cielos son mucho altos, -razona-, yo pecadora mezquina”. Cristo la consuela y la anima, le asegura que volverá, porque “con lo que has luchado -le dice-, ganaste mi amor, quitar non te lo puede ningún encantador”. Y Cristo concluye con palabras tiernas:

“Mi fija, benedicta vayas e sanctiguada,
toma a tu casiella, reza tu matinada”.

Vuelve con más fervor a su vida ascética

Las tres gufas celestes tomaron a Oria, y por la misma escala que la subieron, ahora en muy corto rato la bajaron y la tomaron al cuerpo. Enseguida Oria despertó, “abrió los ojos, miró en derredor, non vio a las mártires, tuvo muy mal sabor, se vio alejada de tan grande dulzor, tuvo muy grande pena y extremado dolor”.

Suspiraba por el día y la hora de tomar a tan grata compañía. Sentía dolor y pena por no estar ya en la silla que en el Cielo vio vacía, “silla que Dios hiciera a tan gran maestría”.

Pero estas visiones no produjeron en Oria ningún tipo de desesperanza ni de vanidad. “Por estas visiones -advierde Gonzalo de Berceo- la reclusa don Oria no dió en sí entrada a nulla vanagloria”. Antes bien, desde ese momento se entregó más de Ueno a la vida de dura ascesis encerrada en su celda, entre paredes. Martiriaba sus carnes dándoles gran disciplina, cumplía día y noche sus deberes monásticos, ayunos y vigiliyas. Recitaba el salterio con más fervor que nunca. Quería y buscaba por todos los medios seguir fielmente todos los consejos evangélicos. Y así, día tras día, semana tras semana, sin nunca fatigarse ni desfallecer, pendiente solo de la voluntad de Dios.

La celda se vuelve Cielo

Once meses pasaron desde su visión mística del Cielo, y es ahora cuando Oria va a recibir una gracia mayor. No es ella la que

deja la celda para subir místicamente a la gloria del Cielo, sino que es la propia Santa Maria, la Virgen Gloriosa, la que desciende de su trono celeste para visitar la pobre celda de Oria, su hija amada, la reclusa fiel y leal. La celda de Oria se vuelve ahora Cielo.

La visita de Oria al Cielo fue, como se recuerda, el 27 de diciembre. La visita de la Virgen a la celda de Oria ocurre exactamente once meses después, a saber, el inmediato 27 de noviembre. Gonzalo de Berceo, tan aficionado al calendario cristiano, lo dice mejor con la liturgia de los Santos: “Tercera noche antes del mártir Saturnino, que cae en noviembre, de San Andrés vecino, vino una gracia, mejor nunca le vino, mas dulce y mas sabrosa era que pan nin vino”.

Así comienza la crónica berceana el relato de la segunda visión, la nueva experiencia mística de Santa Oria. El 27 de noviembre del último año que Oria vivió en la tierra. Y por la noche, se puntualiza, pasada la mitad de la noche. Oria estaba cansada, había velado mucho. Muy flaca y flagelada, se acostó un poco en su camastro que no era precisamente pluma escogida “non de molsa ablentada”.

Y ahora el contraste. De repente, Oria ve venir tres vírgenes, sin nombre, las tres de una guisa, vestidas de un mismo modo, con trajes blancos de rica tela “como nadie ha visto jamás ni en Pisa ni en Génova”.

Estas tres vírgenes no se identifican, como las anteriores de la primera visión. Traen un noble lecho, una cama riquísima, con adornos reales, y se la ofrecen a la pobre Oria que yace, por así decir, en el duro suelo. Las vírgenes le dicen: “Levántate de la tierra que es fría y dura, sube a este lecho, yacerás en más blandura, he aquí que la Reina, de esto estás segura, si te encuentra en tierra, habrá de ti rencura”, es decir, sentirá por ello gran pena.

Oria se resiste. No es justo una cama tan rica y tan blanda, a no ser para un viejo y flaco, y yo soy, dice Oria, una reclusa niña, joven y fuerte. Si yo me echase en cama así, sigue razonando Oria, Dios me lo tendría en cuenta y tendría por ello un gran disgusto. Lecho quiero yo áspero, mis cames no merecen yacer tan regaladamente, concluye Oria.

Las tres vírgenes de túnica blanca hacen a Oria grandes reproches, la toman en sus manos y la acuestan en el lecho tan rico y tan blando, pese a sus protestas y gemidos.

En ese instante, la media noche del 27 de noviembre, la celda fue iluminada con resplandor nunca visto. En un momento la celda se pobló de vírgenes, que todas venfan a honrar a la reclusa leal, y a preparar la visita que llegaba.

En efecto, poco después se anuncia la llegada de Santa Marfa, llenando de más luz y gozo la celda bendita. La corte de vírgenes se dirigen a Oria, que está ya acostada en precioso lecho real, y le dicen:

“Tú que yaces sonõsa,
levántate, recibe a la Virgen Gloriosa,
que es Madre de Christo e Fija e Esposa;
séras mal acordada si faces otra cosa”.

En un solo verso, la embajada mariana, recogida tan bella y concisamente por Gonzalo de Berceo, proclama en la celda de Oria las tres prerrogativas esenciales de la Virgen Marfa: Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo.

Oria se dispone a recibir la visita y pide con gran humildad poder acercarse a la presencia de la majestad de María y caer postrada a sus pies.

Apenas terminó de hablar Oria, llegó la Gloriosa, ¡Dios qué feliz encuentro!, relumbro la celda, paso la claridad a todo el conjunto de edificios, y se llenó de luces el monasterio todo de San Millán de Suso. ¡Nunca fue ni será más venturado, tener el cenobio por huésped a tal Embajadora...! ;La celda y el cenobio se volvid Cielo...!

“Iraá do tu códicias, a la silla honrada”

Santa Oria, postrada a la fuerza en rica cama, como correspondía a la visita que iba a recibir, mostró su deseo de saltar del lecho y caer de rodillas a los pies de la Virgen. Pero la Madre benedicta se adelantó, sin esperar ni un momento, y se fue a abrazar a Oria, su hija, su hijita, “su fijuela”, como la llama carinosamente.

“La Madre benedicta, de los Cielos Senora,
mds hermosa de mucho que non es la aurora,
non lo puso por plazo nin sola una hora,
fue luego a abrazarla a Oria la serora”.

Esta visita y este abrazo era el sello de la predileccion de Dios y de la Virgen sobre aquella humilde y aguerrida emparedada de Suso, que en tan cortos años se habfa elevado a las cimas mas altas de la perfeccion y de la mística cristiana.

Gonzalo de Berceo ha conservado fielmente el dialogo precioso que hubo en esta Embajada celeste. No lo podemos desaprovechar. Oria se llenó de gozo por una visita tan halagüeña, y desbordante de alegría, queriendo asegurarse, le preguntó a la Virgen por su identidad:

- “Non ayas nulla dubda, -dijole-, fija, yo soy la que tú ruegas de noche e de día.

Yo soy Sancta Marfa, la que tu mucho quieres,
que saque de humildad a todas las mugieres.
Fija, Dios es contigo, si tu firme sigieres,
irás a gran riqueza, fija, cuando murieres”.

La semejanza de este saludo con el del arcángel Gabriel a la propia Marfa en la Anunciacion es evidente, pese a la diversa entidad y a la distancia infinita entre una y otra embajada. Me refiero solamente, como se comprende, a ciertos elementos formales de la salutación. También Oria pidió una señal: ~

- “Madre, -dijole Oria-, si tu eres Maria,
de la que fablo tanto el baron Isafa,
por ser bien certera, algun signo querria,
porque segura fuese que salvarme podria”.

Oria habfa tenido una experiencia mística de las dulzuras del Cielo hacfa once meses. Desde entonces mas vivfa allí que en la tierra, y ardía en deseos inmensos de alcanzar aquellas dichas inefables

y etemas. Ni de día ni de noche dejaba de soñar y pedir por la posesión de aquella silla misteriosa y deslumbrante que Dios le tenía reservada en el Cielo, y que tan celosamente le guardaba Voxmea, su antigua compañera. Esta era la señal que Oria pedía a la Virgen en esta inesperada y asombrosa visita a su celda. Vamos a escuchar la embajada de la Virgen, los elogios que hace a su hijita Oria, y la señal de su salvación. Díjole la Gloriosa:

-“Oria, la mi lazada,
que de tan luengos tiempos eres emparedada.
yo te daré un signo, señal buena probada,
si la señal vidieres, entonces seras pagada.

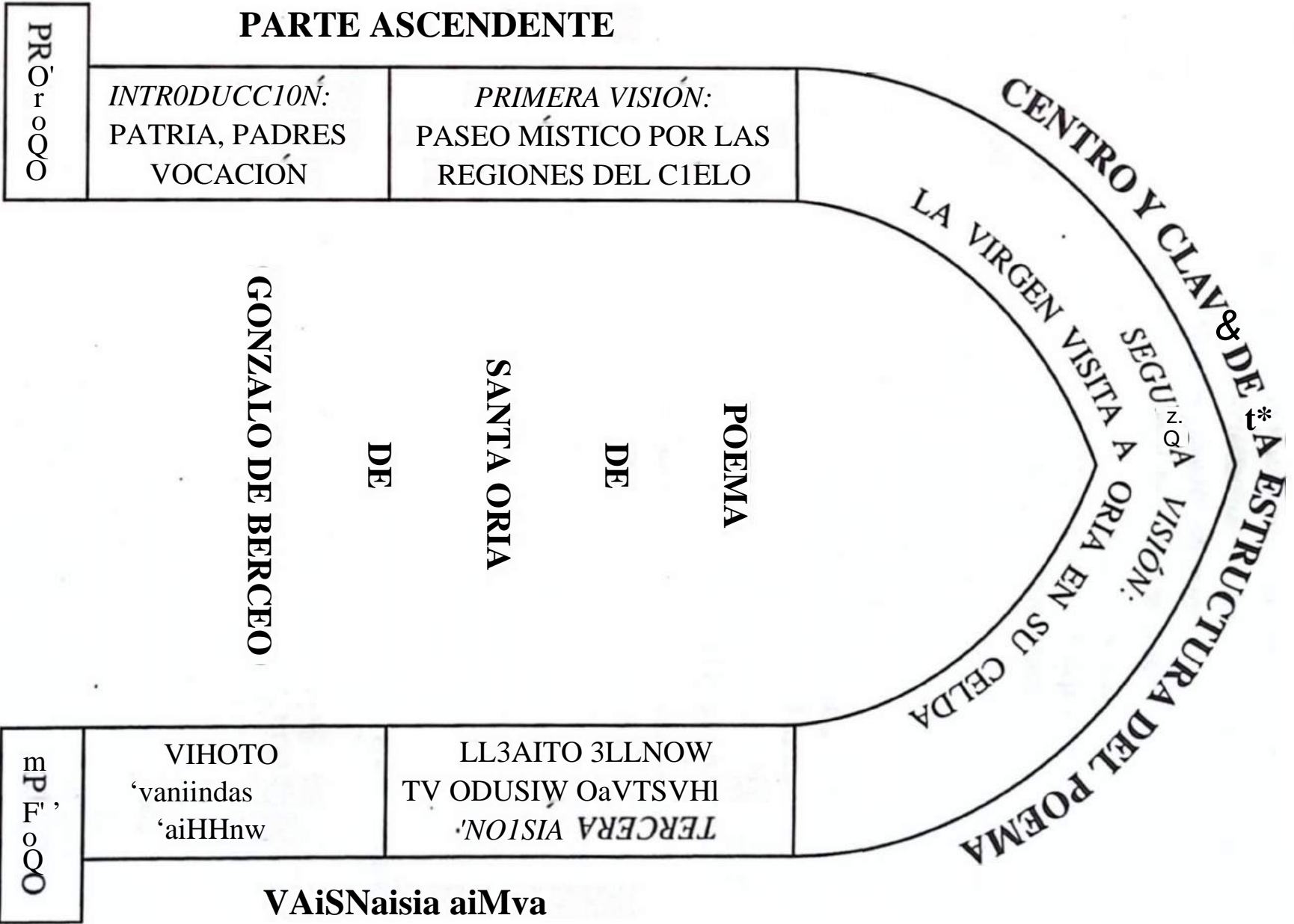
Esto ten tú por signo, por certera señal:
Antes de pocos días enfermaras muy mal,
serás fuerte embargada, de enfermedad mortal,
cual nunca la hubiste, bien la tendras por tui.

Veráste en grande queja, de muerte seras cortada,
serás de pocos días deste mundo pasada,
irás do tú codicias, a la silla honrada,
la que tiene Voxmea para ti bien guardada”.

Primer esbozo de la literatura mística

Interrumpimos un momento nuestro relato biográfico, para hacer unas consideraciones generales sobre el género literario de los textos de Berceo que nos sirven de base.

Una de las estudiosas más calificadas con que cuenta hoy la vida de Santa Oria de Berceo, Isabel Urfa Maqua, señala muy acertadamente que el Poema de Santa Oria tiene una estructura que puede representarse, gráficamente, como un arco ojival. Hay una parte ascendente, tensiva, y otra distensiva, en medio de las cuales está la segunda visión, centro y clave de la estructura del Poema, pues en ella, la Virgen Marfa se aparece a Oria, en su celda, y le hace una promesa que se cumplirá en las dos últimas partes, las cuales, por lo tanto, vienen condicionadas por dicha promesa. Esa estructura, en forma de arco ojival, se podría visualizar de la siguiente forma:



En el poema abundan los elementos simbólicos, comunes a la literatura de visiones y relatos medievales de viajes al Otro Mundo. Ese simbolismo y, sobre todo, las experiencias sobrenaturales de la joven Oria confieren al poema una clara impronta mística, que no tienen las otras obras de Berceo.

El primero que señaló la relación del Poema de Santa Oria con la literatura místico-ascética fue Menéndez y Pelayo, quien habla de las “místicas visiones de la serraniella de Villavelayo” y las considera como el más antiguo antecedente o primer esbozo de la literatura mística que culmina en Las Moradas de Santa Teresa de Jesús.

La parte más importante del Poema lo ocupan las tres visiones sobrenaturales de la Santa, por encima de 65,8 % del total, repartiéndose el resto entre la vida natural, las cuartetas meramente formularias, proemiales o de transición. De otra forma, de las 205 cuartetas del Poema, 135 lo ocupan las visiones místicas o sobrenaturales, y 70 el resto.

Las noticias sobre la vida de la Santa se presentan en función de las visiones que son como consecuencias de su anterior penitencia y ascetismo, como un premio que Dios le concede por sus constantes sacrificios y oraciones. De ahí el carácter místico y ascético a la vez, en perfecta conjunción, del poema de Santa Oria, una de las joyas literarias y espirituales de nuestra mejor literatura.

Nota bibliográfica y metodológica

Quizá sea oportuno aprovechar este intermedio de la narración para introducir una sencilla nota sobre la bibliografía y sobre el método usado en nuestro trabajo.

Fundamentalmente he manejado el Poema de Santa Oria, escrito por Gonzalo de Berceo. Es la fuente insustituible, y a la vez, la más bella y pura que se nos ofrece. Es la última obra que escribió Berceo después del año 1252. Así lo sugiere el mismo autor en la estrofa segunda de su poema: “Quiero en mi vejez, aunque soy ya cansado, de esta sancta virgen romanar su dictado”, es decir, trasladar a verso

romance el texto latino, fuente o modelo original de todos los datos. Este dictado o libro original en latín, que sirvió de apoyo a Berceo, lo escribió el propio director espiritual de Santa Oria, el monje Munio, testigo personal y directo de los hechos. Por lo tanto se trata de un testimonio coetáneo a la propia santa, de la mayor significación y credibilidad. No se conserva el texto original latino, pero afortunadamente está recogido e incluido en el bello poema de Berceo.

Las ediciones de Gonzalo de Berceo, el primer escritor de nombre conocido en lengua española, son abundantes y algunas muy valiosas. Yo he usado principalmente la “obra completa” editada por Espasa Calpe y el Gobierno de La Rioja (Madrid, 1992). Dentro de esta “Obra completa”, el Poema de Santa Oria ocupa las páginas 490-551, edición y comentario de Isabel Uná Maqua, la cual es a su vez la autora de otra obra anterior “El Poema de Santa Oria” de Gonzalo de Berceo, de 205 páginas editada en Logroño en 1976 por el Instituto de Estudios Riojanos.

En cuanto a biografías de Santa Oria ya cité anteriormente la incluida en su “Vida y novena”, editada en Burgos en 1905, que sigue en parte la editada por Fray Prudencio de Sandoval, Monasterio de San Millán, año 1601, párrafo 20. De tiempo más reciente es la vida incluida en el Año Cristiano de Fray Justo Pérez de Urbel, tomo I, cuarta edición, (Madrid 1951), día 10 de marzo, páginas 421-426, así como la bella semblanza de Fray Serafín Prado de la Virgen de Valvanera dentro de la obra “Santos de la Rioja” (Logroño 1962), páginas 71-76. Ambas semblanzas, la de Urbel y la de Prado son brillantes, pero mezclan los datos de dos Orias distintas, la emilianense y la silense, como ya hemos indicado en otro lugar. He manejado también otras más generales, sobre todo documentación de La Rioja para identificar diversos personajes que aparecen en la vida de Santa Oria, que sería prolijo especificar en un libro de esta naturaleza.

En cuanto al método, y por las mismas razones, he prescindido de notas a pie de página para aliviar la lectura y porque fácilmente se pueden comprobar. Pongo entre comillas los versos y párrafos que tomo de Gonzalo de Berceo, mi fuente principal, y por eso las citas

son numerosas. La mayorfa de estas citas las hago mezcladas con el texto, entrecomilladas, y a la vez actualizadas, dentro de lo que cabe, en su vocabulario y ortografía, aunque intento mantener el recio sabor, inigualable y bellfsimo, del autor medieval. Ante todo me he esforzado por hacer asequible a todo tipo de lectores la vida de Santa Oria, tan encantadora y heroica, pero a la vez, tan distante de nuestra época y de nuestras inquietudes modernas. En todo caso, que supla nuestras carencias la amable Santa de Villavelayo.

La visión del Monte Oliveti

Enlazamos y volvemos sobre los pasos de nuestra Santa. Pronto le llegó a Oria aquella aguda enfermedad que le habfa anunciado la Virgen como señal y signo de su pronta subida al Cielo para ocupar la rica silla que allf tenía reservada entre el coro de las emparedadas y que más se habian entregado por entero al amor de Dios. Desde entonces Oria ardfa en deseos y moria de aniores. Muero porque no muero, como diría cinco siglos más tarde la mística de Ávila, Teresa de Jesús.

Todo el convento y la comunidad de Suso se llenó de plegarias y de salmos, sin descanso, pidiendo por la joven Oria, que palidecfa en su celda. También ella, entre dientes, en tenue susurro, hacfa su oración. Intentaba darse golpes de pecho, pero el movimiento del brazo y de la mano no le segufan, por su extrema debilidad.

En una noche de hacia mediados de enero (la falta del folio CIX del codice original de Berceo nos impide precisar más, con lo que a él le gustaba acudir al calendario cristiano para fijar con exactitud las fechas), estaba Santa Oria traspuesta o adormecida por el quebranto de su salud y el peso de sus viglias. De pronto, en un arrebató místico, se sintió transportada al Monte Oliveti. Sus ojos contemplaron tales maravillas que se hubiera holgado de que nadie la despertase para seguir así toda la vida. Vio en tomo del Monte una bella anchura, repleta de olivos, cargados del fruto de la aceituna.

Entre las sombras, vio desfilar muchas gentes, bien arregladas de ricos vestidos y deslumbrantes calzados. Con túnicas blancas de fina seda parecían ángeles del paraíso. Todos venían gozosos y de buen grado a recibir a Oria y, si fuese tiempo, la querían subir a la gloria del Cielo.

Entre ellos, reconoció a un hombre anciano, “don Sancho le dijeron”, un varón natural de Mansilla de la Sierra, pueblo próximo a Villavelayo. Nunca antes lo había visto ni saludado, “pero la serranía la conoció al serrano”, que así era el efecto de la visión sobrenatural.

Oria, en tal trance, se moría de felicidad. Sin embargo, su madre que estaba pendiente en todo momento de la salud de su hija, ignorante de lo que en realidad pasaba, no podía descansar por el ansia y la congoja que tenía. Todos pensaban que Oria estaba a punto de morir. La madre entonces inquieta y nerviosa, irrumpió en la celda, se acercó a la cama y comenzó a menear a su hija hasta que despertó.

Con esto la enferma tuvo gran pesar, por lo feliz que se sentía, temiendo perder una visión tan placentera. No podía agradecer, ni siquiera a su madre, ni tampoco a sus compañeras las monjas reclusas, que la despertaran de tan dulce sueño. Ella, entre dientes, con voz cansada, sin apenas poder articular las palabras, no hacía más que repetir:

-“Monte Oliveti, Monte Oliveti”.

Los habitantes del cenobio, que seguían la escena a distancia, nada entendían. Algunas mujeres o señoras que la asistían de más cerca, viendo que susurraba palabras que no entendían, lo tenían por algo maravilloso, pero dudaban si era cosa de bien o de mal, de Dios o del diablo.

La intervención de Munio

La madre de Oria hizo llamar al monje Munio, director espiritual de su hija, y le hizo entrar en su celda. Más tarde, este monje emilianense será el biógrafo de la Santa. Más inmediato ni mejor testimonio no se podría encontrar. Por eso, Gonzalo de Berceo, en este

episodio tan fntirno, le da la palabra, en primera persona, al propio Munio.

Santa Oria, ante la presencia de su director, recobra sus fuerzas y articula bien sus palabras. Es el enviado de Dios. Su veredicto sera garantia de autenticidad. Entre director y dirigida se entabla, en lo fundamental, el dialogo siguiente:

Munio:

-“Amiga, -dijo-, esto faznoslo entender, bien non lo entendemos, querriemóslo saber; esto que te rogamos tu débéslo facer”.

Oria:

-“Amigo, -dijo ella-, non te mentire en nada, por facer el tu ruego mucho soy adeudada; fui a Monte Oliveti en vision levada, vi alii tales cosas de que soy holgada”.

Munio:

-“/.Cobdicias alia ir?”

Oria:

-“Yo sí, más que vivir, e tú non perdriés nada de conmigo venir”.

Munio:

-“Quisiésselo esso Dios consintir”.

Muerte de Oria

Doña Amunã, madre de Oria, no comia ni dormfa. Ansiosa y angustiada, no se separaba ni un momento del lecho de su hija. Don Munio, director espiritual de Oria, y don Gómez, despensero o administrador del cenobio emilianense, se vieron obligados a rogar con firmeza a donã Amunã que se retirara un rato a dormir y descansar,

mientras ellos se encargaban del cuidado de su hija, avisando en caso de peligro de muerte.

Tan pronto se acostó y quedó dormida, doña Amuña tuvo una visión, la de su propio marido que venía acompañado de tres personas. Vestían túnicas tan blancas que nadie lo podría creer. Eran iguales, como seres sobrenaturales, de la misma edad y de igual apariencia.

Don García, marido de Amuña y padre de Oria, había muerto hacía años. Los tres, padre e hija, habían bajado de Villavelayo al monasterio de San Millán, y los tres se habían entregado a Dios en cuerpo y alma, consagrados, según sus peculiares circunstancias, al claustro, a la vida religiosa.

Gonzalo de Berceo califica a don García como “marido sancto, hombre de sancta vida”. Su propia hija había tenido el consuelo, en su primera visión mística al Cielo, de verlo en la gloria del Paraíso, entre los monjes bienaventurados. Ahora era don García, por permiso y gracia de Dios, quien venía a la celda de su hija Oria para asistir a su muerte y acompañarla a la gloria del Cielo.

Amuña, en la visión mística que tuvo, preguntó a su marido cuál era el motivo de su venida, y le rogó que le dijera, como ser bienaventurado, si la muerte de la hija era inminente, incluso si viviría mañana, si vería la luz del día. Don García fue claro y le dijo a su esposa que efectivamente esa jornada era la última de su hija amada.

Y así fue. La madre, desconsolada, quiso aprovechar los últimos momentos para que su hija le contara todas sus visiones, todas las gracias de Dios, toda la historia de su alma. Pero Oria no tenía fuerzas. Su voz era tan tenue, tan delgada que apenas se le oía. La última palabra que se le oyó, como si fuera su testamento espiritual y el camino de su vida, fue la siguiente:

-“¡ Sufrir!”

Sufrir para gozar. Sufrir y luchar para conquistar y ocupar para siempre la silla rica y esplendente que Dios le tenía reservada en el

Cielo. y que tan celosamente le guardaba Voxmea, su antigua compañera. Sufrir y luchar para conseguir el trofeo y habitar con el coro de los bienaventurados, que ya habfa experimentado de algun modo en la vision mística del Cielo. En la companfa de Mana, la Virgen Gloriosa, que tan dulcemente le habfa visitado en su celda. Sufrir para gozar, ese fue el lema de su vida de entrega absoluta y total al amor de Dios.

Oria subid al Cielo, por el que tanto suspiraba, y ocupo, dichosa. la silla que Dios le tenia amorosamente reservada. Don Gonzalo de Berceo, siguiendo el dictado de don Munio, tan meticuloso en las fechas luvo buen cuidado de senalar para la posteridad el mes, el día y la hora, no tanto el año que para ellos era presente:

- “El mes era de marzo. la segunda semana,
fiesta de San Gregorio, de Leandro comama,
hora cuando los hombres facen meridiana”.

Es decir, la media noche del 12 al 13 de marzo. El año, como no lo escribio ni don Munio, ni por tanto don Gonzalo de Berceo, no lo podemos saber con exactitud, pero bien se puede calcular, por la cronología de la vida de la Santa, que fue hacia el año 1070. Tenia unos 27 años de edad. Habfa nacido en Villavelayo hacia 1043.

Llego, pues, aquella noche dichosa. Oria levanto su mano diestra “de hermosa manera” e hizo la señal de la cruz sobre su frente. Después:

- “Alzó ambas las manos, juntólas en igual,
como quien rinde gracias al Rey celestial,
cerró ojos y boca la reclusa leal,
rindió a Dios la alma, nunca mas sintio mal”.

Entierro y sepultura

Santa Oria murid asistida y acompañada de todo el cenobio y de toda la comunidad de San Millán de Suso, de los monjes del convento y de los ermitanos que vivfan por cuevas y grutas de los alrededores.

Precisamente en este pasaje y en esta escena del entierro de Santa Oria se documenta la existencia de ermitaños en Suso a finales del siglo XI.

Encabezaba el duelo el abad don Pedro, “persona de buen tiento”. Fue el último abad de San Millán de Suso. Gobernó este cenobio y comunidad, monjes y ermitaños, desde 1062 a 1072, según fechas y documentos conocidos. Quizá los años se pueden prolongar algo más, después de 1072. El nuevo monasterio de San Millán de Yuso, inaugurado en este intermedio, era gobernado por don Blas desde enero de 1067 hasta 1081.

En el entierro, todos rivalizaban en rendir obsequios y homenajes al cuerpo de la joven emparedada, ejemplo y estímulo para todos por sus virtudes heroicas. Gonzalo de Berceo se recrea describiendo las exequias y funerales de Santa Oria. Su cuerpo fue continuamente velado y acompañado con respeto y veneración. En contraste con su anterior vida de suma pobreza y austeridad, a Santa Oria se le amortajó con ricos paños. Delante de su capilla ardiente todo el monasterio recitaba muchas veces el salterio. Nadie se retiró de su presencia hasta que fue enterrado su cadáver.

Tras los solemnes y sentidos funerales, en los que ya empieza de algún modo la veneración y el culto por aclamación a Santa Oria, su cuerpo virginal fue sepultado con el decoro que merecía una mujer tan carismática y tan ejemplar. Gonzalo de Berceo describe su sepulcro con todo detalle, de forma que no quede ninguna duda para la posteridad. Estas son sus palabras:

- “Cerca de la iglesia es la de su sepultura,
a muy escasos pasos, en una angostura,
dentro en una cueva, bajo una piedra dura,
como merecía ella, non de tal apostura”.

Aún puede verse hoy la cueva, cerrada con una reja de hierro, en la ladera del monte, detrás de la iglesia, muy cerca de ella, a muy escasos pasos (“a pocas de passadas”, dice literalmente la estrofa de Berceo), en alto, junto al altar de la Gloriosa.

Años más tarde pusieron a su lado el cuerpo de su madre Amuna. “nuestra madre santa Amuña”, como se complacen en llamarla los cronistas emilianenses. Las reliquias de la una y de la otra fueron trasladadas al monasterio de San Millán de Yuso o de Abajo en el año 1609. Algunas fueron llevadas a Villavelayo, su pueblo natal, donde se conservan en una ermita antigua, con cofradía y cultos, celebrando la función principal de Santa Oria el 11 de marzo, honrándola como hija y patrona de la misma.

Serfa de desear que la memoria de Santa Oria pasara igualmente al calendario y a la liturgia de toda la gran familia Benedictina, Cisterciense, Eremitas y todas sus ramas, así como al monasterio de San Millán de la Cogolla, regido hoy por Agustinos Recoletos y a todo el resto de La Rioja.

El Cielo de los Inocentes

Después que murió y fue enterrada Santa Oria, su madre andaba afligida y le pedía a Dios una gracia y una visión para conocer dónde y cómo estaba su hija. Y Dios se lo concedió. También Amuña tenía experiencias místicas. Primero vio a su marido que descendía del Cielo donde se contaba entre los bienaventurados para asistir y estar presente en la muerte de su hija. Ahora va a ser la propia hija la que se aparece a su madre.

Fue el domingo de Quincuagesima, Pascua de Pentecostés, mediados de mayo. Así lo señala Gonzalo de Berceo en su afán tan pausable de concretar las fechas según el calendario litúrgico. Hacía por tanto dos meses, de marzo a mayo, que había muerto Santa Ona.

Como las demás visiones, ésta ocurre en el sueño de la noche. Después, no del rezo simple, sino del canto de maitines, pues era la Pascua de Pentecostés, dado el conveniente permiso de descanso por ser fiesta tan principal, Amuña muy cansada, se retiró a descansar, se acostó “e luego ensonó la su fija amada”. Pronto se apareció a su

madre y ambas se abrazaron, como antes hacfan en vida. En un tono realista, familiar y cotidiano se entablo éntre ellas el siguiente didlogo:

Amuña:

-“Fija,
quiero que me digades cual es vuestra venida,
o si sodes en pena o sodes ende salida.”

Oria:

-“Madre, fiesta es general
como Resurreccidn o como Navidad...
Manda llamar los cldrigos, vdnganme comulgar,
que luego me querrfa de mi grado tomar...”

Amuña:

-“Fija, £do vos queredes ir?”

Oria:

-“Madre, a los Cielos subir.”

Amuña:

-“Mas, fija, una cosa vos quiero demandar:
si en el passamiento rescibiestes pesar,
o si vos dieron luego en el Cielo lugar,
o vos ficieron antes a la puerta esperar.”

Oria:

-“Madre, en la noche primera
non entre al palacio, non se pór cual manera,
otro dia mañana abriomé la portera,
rescibidronme, madre, todos por companera...”

La Virgo Gloriosa lo que me prometio,
ella sea laudada, pues bien me lo guardd.

Amuña:

-“Otra cosa vos quiero, mi fija, preguntar:
/en cual compana sodes? facesmélo entrar.

Oria:

-“Madre, estoy en buen lugar,
cual nunca por mi mérito non podrfa ganar.

Entre los inocentes soy, madre, heredada,
los que puso Herodes por Christo a espada.
Yo non merecfa de ser tan honrada,
mas plugo a Don Christo la su virtud sagrada”.

El Cielo de los Inocentes. Ese es el que merecid Santa Oria. El Cielo de los niños, del cual es el reino de los Cielos. El Cielo de los limpios de corazón. El Cielo de los pobres, de los mansos, de los pacientes y sufridos, de los que siempre mantuvieron blanca la túnica de su bautismo, los que siempre conservaron sin mancha ni sombra la gracia de Dios. Y el Cielo también de los mártires, como fueron los Inocentes, porque Santa Oria martirizó su cuerpo con penitencias continuas, ayunos y vigiliass increíbles. El Cielo de los bienaventurados porque Santa Oria lo entregó todo de forma radical y absoluta, sin reservarse nada, todo siempre por amor de Dios...

FELIPE ABAD LEÓN

Académico C. de la Historia y de la Lengua
Cronista Oficial de La Rioja.
Amedo, 10 de mayo de 1998



